

Serie de Ministerios Collegeville

EL MINISTERIO DE LOS LECTORES

Segunda edición

James A. Wallace, C.Ss.R.

Traducido por
S. Renée Domeier, O.S.B.



LITURGICAL PRESS
Collegeville, Minnesota

www.litpress.org

Título original *The Ministry of Lectors*, Second Edition, © 1981, 2004.

Diseño por Joachim Rhoades, O.S.B., y Ann Blattner.

Las citas bíblicas en español son tomadas de *La Biblia Nuestro Pueblo*, II Edición © 2006, Ediciones Mensajero, S.A.U., 48080 Bilbao España.

El Bendicional, Primera edición mexicana, 2000, © reservados a favor de OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A.C. Apartado M-2181. 06000 México.

Las citas de las lecturas dominicales en español son tomadas del *Leccionario I, II, y III*, Conferencia Episcopal Mexicana: Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica, Derechos © reservados a favor de OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A.C. Apartado M-2181. 06000 México, D.F. Orozco y Berra 180. Sta. María la Ribera y son usadas con las debidas licencias de los dueños de los derechos de reproducción. Todos los derechos reservados. Ninguna parte del *Leccionario I, II, y III*, puede ser reproducida de ninguna manera sin antes obtener permiso por escrito de parte de los dueños de los derechos de reproducción.

© 2007 a favor de el Order of Saint Benedict, Collegeville, Minnesota. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ningún modo, sea por imprimido, microfilm, microficha, grabación mecánica, fotocopia, traducción, ni por cualquier otro modo conocido o todavía no conocido, por ninguna razón al menos que sean citas breves en reseñas, sin antes obtener el permiso por escrito de parte de Liturgical Press, Saint John's Abbey, P.O. Box 7500, Collegeville, Minnesota 56321-7500. Imprimido en los Estados Unidos de América.

1 2 3 4 5 6 7 8

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Wallace, James A., 1944–

[Ministry of lectors. Spanish]

El ministerio de los lectores / James A. Wallace ; traducido por S. Renee Domeier. — 2. ed.

p. cm. — (Serie de ministerios Collegeville)

Includes bibliographical references.

ISBN-13: 978-0-8146-3074-7 (alk. paper)

ISBN-10: 0-8146-3074-X (alk. paper)

1. Lay readers. I. Title. II. Series.

BV677.W3518 2006

264'.34—dc22

2006002035

*Para los lectores de la parroquia de la Sagrada Trinidad,
Georgetown, Washington, D.C.,
en gratitud por su servicio
al Pueblo de Dios.*

Indice

Introducción	vii
Primera Parte: El Lector—¿Qué hay en un nombre?	1
Segunda Parte: La Palabra de Dios que nos habla	7
La Palabra de Dios y la Biblia	9
La Palabra de Dios y la Liturgia	11
La Palabra de Dios y el Leccionario	13
La Palabra de Dios y el Lector	17
Tercera Parte: La Palabra de Dios proclamada por nosotros	20
La preparación espiritual	20
Preparándose para hablar	26
Los requisitos del texto	29
Los requisitos del oyente	46
Los requisitos del espacio	61
Desde la habilidad hacia el arte: Cuatro sugerencias	69
Una Palabra Final	71
Notas/Referencias	73
Recursos Anotados	75

Introducción

El teólogo C. S. Lewis ha dicho que nosotros leemos para no sentirnos solos. La lectura nos lleva a mundos verdaderos e imaginarios, nos presenta a gente sabia y tonta, y nos provee conocimiento y sabiduría. La lectura nos presenta otras voces con distintas perspectivas. La novelista americana Eudora Welty escribió que desde niña, cuando fue introducida al mundo de los libros, sabía que, bien leyera su mamá o bien leyera ella, la voz que oía no le pertenecía ni a su mamá ni a ella sino al texto mismo. Este es un análisis muy interesante. Cada texto tiene una voz—a veces, más de una—que nos habla y, cuando le leemos a otros, habla por medio de nosotros. Un buen libro empieza sólo como tinta oscura en una página, pero termina como un compañero con quien hemos pasado horas y horas, y cuya voz puede tener un impacto perdurable en nuestras vidas. Además, hay libros o citas de algún libro maravilloso a los cuales regresamos una y otra vez para saborear, gozar, o encontrar consuelo y ayuda, en tiempo de aflicción y dolor.

La Biblia es ese tipo de libro. En realidad, es una colección de libros; algunos han existido desde hace más de tres mil años. Nos trae historias de comienzos y visiones de desenlaces, historias de linajes ancestrales y cuentos de familias reales en donde los hombres y mujeres prefirieron escuchar la voz de Dios más que el mandato de sus propios deseos. Dentro de las páginas de la Biblia, hay retazos de sabiduría en forma pareada, expresiones proféticas en forma de poesía, cartas de instrucción o consejo, homilías de una profundidad teológica y de interés emotivo, oraciones de añoranza o de lamento, y canciones de alabanza y júbilo.

Desde las páginas de la Biblia, se han hecho selecciones para el culto de muchas comunidades de fe cristiana que se han recogidas en un libro llamado el *Leccionario para la Misa*, que usan los católicos. Cuando se reúnen estas comunidades, i.e., los domingos o para celebrar otros actos de culto y alabanza, se invita a los participantes expertos en esta obra a leer los textos sagrados. Se les designa como “lectores,” término que viene de *legere* en el latín y significa “leer.”

Este libro para lectores está dividido en tres partes. La primera trata sobre las tres distintas maneras de entender el papel del lector: como tarea, servicio y vocación. La segunda refleja el misterio de la Palabra de Dios que nos habla en las Sagradas Escrituras. No importa que la comunidad lea de una Biblia o lea del Leccionario, la Palabra de Dios, una vez más, viene a quedarse entre nosotros; viene a morar en nuestros corazones y en nuestras mentes para que dé fruto en nuestras vidas. Dios continúa hablándonos a través de las palabras humanas. Como en el pasado, Dios llama a hombres y a mujeres para que le ayuden a revelarse en nuestro tiempo. La tercera parte se centra en la posibilidad de cumplir la voluntad de Dios de hablar no sólo a nosotros sino a través de nosotros. Nuestro enfoque es prácticamente doble: a) la preparación espiritual y b) la preparación para comunicar esa Palabra. Del primero surge un proceso que permite abrir la mente y el corazón a la Palabra; el segundo trata sobre los requisitos para que la lectura pública pueda satisfacer las necesidades del texto, de los oyentes y del escenario litúrgico. Se concluye con tres sugerencias para el continuo desarrollo del lector.

Tanto el espíritu como la carne se incluyen en la preparación del lector. El espíritu del lector tiene que someterse al Espíritu del Señor quien verdaderamente nos da la Palabra. El Espíritu Santo se encuentra en lo más profundo de la Palabra cuando da fruto: “. . . se requiere la acción del Espíritu Santo, por cuya inspiración y ayuda, la palabra de Dios se convierte en el fundamento de la acción litúrgica . . . [El] Spiritu Santo no sólo precede, acompaña y sigue a toda acción litúrgica, sino que también sugiere al corazón de cada uno . . .” (Proemio Leccionario, p. xvi). Como fue en un principio, el Espíritu Santo con-

tinúa descendiendo sobre los llamados a servir y actúa en ellos. Así que, el cuerpo del lector—que incluye la persona entera: la mente, la imaginación, los sentidos así como las expresiones faciales y las reacciones musculares—se le invita a someterse al texto sagrado y encarnar sus pensamientos y sentimientos lo más fiel y completamente posible.

Agradezco a los muchos lectores con quienes he trabajado y celebrado la liturgia estos últimos treinta y tres años, en especial a los lectores que sirven tan bien al pueblo de la parroquia de la Sagrada Trinidad en Georgetown, Washington, D.C. Su amor a la Palabra de Dios ha sido una inspiración; su proclamación apasionada de esa Palabra ha resultado en nuevas y fructíferas maneras de escucharla. Que la Palabra que han sembrado—con acierto—en las vidas de otros continúe produciendo una rica cosecha. Agradezco especialmente la colaboración y sugerencias de colegas y amigos que leyeron este texto: Margaret Costello, Judith Gilbert, Mary Johnston, Patrick Towell, y en especial, Daniel Grigassy, O.F.M.

James A. Wallace, C.Ss.R.

1 de agosto, 2003. Fiesta de San Alfonso de Liguori

El Lector— ¿Qué hay en un nombre?

Esta obra ha sido escrita para todos los que leen los textos bíblicos durante la Liturgia de la Palabra, incluyendo a los que proclaman el Evangelio. Está ofrecida a los que han participado por mucho tiempo, los que están listos para empezar este compromiso, y aun para los interesados en comprometerse a la vida litúrgica de la comunidad y que quieren saber de lo que trata. Como en muchos otros asuntos de nuestras vidas, hay varias maneras de pensar y acercarnos al papel del lector en la liturgia. Vamos a considerar tres modos, sin permitir que se excluyan el uno otro:

1. *Un trabajo*

Es posible reaccionar a la palabra *trabajo* como si fuera demasiado ordinaria, mundana o de poco valor en relación a este oficio; aun, es posible juzgarla como si estuviera socavando el respeto que debe llenar nuestra actitud frente a esta tarea tan importante. Yo propongo que no es irrespetuoso reconocer que la lectura pública de las Sagradas Escrituras es *un trabajo*; es un servicio que necesita ser cumplido con capacidad y habilidad para que el culto de la comunidad pueda realizarse. La Liturgia, al pie de la letra, significa el *trabajo* del pueblo—del griego *leitos* (gente) y *ergon* (trabajo). Dentro del contexto de la comunidad de fe que se reúne para hacer su tarea más importante—es decir, la celebración de la Eucaristía como acto de alabanza al Padre, por Jesús y en el poder del Espíritu Santo—la lectura de las Escrituras es labor de amor. Exige no solamente el conocimiento

sino ciertas habilidades para que se haga la tarea de una manera convincente a todos. De modo que, al principio, les invito a pensar en el papel del lector como un trabajo. Y como dicen, “Alguien tiene que hacerlo.” A menos que la Liturgia de la Palabra sea bien hecha, no habrá una buena base para lo que sigue en la Liturgia del Sacramento.

La reforma de la liturgia católica, en especial, de la Liturgia de la Eucaristía, reveló las distintas tareas incluidas cuando la comunidad se reúne para la liturgia. Hay que cubrir ciertos roles distintos: el que preside la asamblea, el diácono, el monaguillo o acólito, el lector, el cantor, el coro, el ministro de hospitalidad y el ministro de la Eucaristía. El papel del lector es proclamar la lectura de los textos bíblicos durante la Liturgia de la Palabra. Para ser efectivo como lector, una persona tiene que estar preparada. Esta preparación incluye el estudio, la oración y la práctica. Un lector recibe la tarea de acercarse respetuosamente a esa complicada colección de literatura que llamamos las Sagradas Escrituras, las que San Agustín una vez describió como libros de “una dificultad montañosa y envueltos en misterio.” Además, aunque sea posible que cualquier persona pueda leer, sugiero que no todos pueden ser lectores—por lo menos, al principio. Para darse cuenta de la necesidad de la preparación, sólo tiene que ir a una liturgia donde han escogido de la asamblea a alguien para leer, por ejemplo: en una boda o un funeral cuando un miembro de la familia es elegido para leer simplemente por el hecho de que es miembro de la familia. Muchas veces, resulta una lectura bien difícil de entender u oír, ya que se realiza en forma titubeante o precipitada.

Al decir esto, no quiero ser parte de una élite o minoría selecta. San Isidoro de Sevilla, un doctor de la Iglesia, escribió que un lector “debe ser bien instruido en la doctrina, en los libros, y además, completamente adornado con el conocimiento y la significancia de las palabras” para que la lectura “conmueva las mentes y los sentimientos” de los oyentes. A menos que las lecturas sean bien hechas, la gente no va a oír la voz de Dios que habla por los textos ni ser nutrida en la mesa de la Palabra. En fin, la tarea del lector es esencial y no se puede asumir que todos tienen el don para leer. “Existen diferentes dones espirituales, . . .” recordó San Pablo a los corintios (1 Cor 12:4). Nosotros

podríamos añadir a la lista de dones que San Pablo menciona en esa carta, los que son importantes para el culto de la comunidad: el presidir, el predicar, el servir, el cantar y especialmente, al considerar su importancia al principio de cada liturgia—el proclamar las Sagradas Escrituras. Todos son dones ofrecidos por el bien del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Con esto, llegamos a comprender la segunda tarea del lector.

2. *Un servicio*

El oficio del lector es también un servicio. La palabra *servicio*, también del latín, quiere decir *servir* y ofrece otra perspectiva sobre el papel del lector: es un tipo de servicio a la comunidad. La *Institución General del Misal Romano* observa: “La proclamación de las lecturas, según la tradición, no es un oficio presidencial, sino ministerial. Por consiguiente las lecturas son proclamadas por un lector . . .” (59).¹ Parece que esto significa que el papel del lector no pertenece a la persona que preside sino a otros que han sido llamados a servir de esta manera especial. Los servicios del lector y acólito fueron restaurados por el Papa Pablo VI en la carta apostólica, *Ministeria quaedam*, en 1972. En esta carta, el Papa Pablo escribió que estos servicios “pueden ser encargados al laico cristiano; en consecuencia, ya no están reservados a los candidatos que van a recibir los sacramentos de las órdenes sagradas” (6). La introducción al *Leccionario para la Misa* (de ahora en adelante, LMI) comenta sobre la importancia de este servicio: “La Iglesia crece y se construye al escuchar la palabra de Dios . . .” (7). Las lecturas dentro de la liturgia sirven para nutrir y sostener el Cuerpo de Cristo. En el rito formal de la institución de los lectores, el obispo le da la Biblia a cada candidato y le dice: “Recibe el libro de la Sagrada Escritura y transmite fielmente la Palabra de Dios, para que sea cada día más viva y eficaz en los corazones del pueblo de Dios.”

Aunque el rito del establecimiento del lector está limitado a los hombres, le sería beneficioso a todos los lectores el meditar las palabras sugeridas por el obispo en la homilía que da para esta ocasión:

Dios, nuestro Padre, reveló y realizó su designio de salvar al mundo por medio de su Hijo hecho hombre, Jesucristo, el Señor,

4 *El ministerio de los lectores*

quien después de anunciarnos todo lo que el Padre le había dado a conocer, confió a su Iglesia la misión de predicar el Evangelio a toda criatura.

Ustedes, al quedar constituidos lectores, es decir, heraldos de la Palabra de Dios, van a prestar una valiosa ayuda en esta misión confiada a la Iglesia. Por eso, ahora se les va a encomendar en el seno del pueblo de Dios un oficio especial al servicio de la fe, la cual tiene su raíz y fundamento en la Palabra divina. Así pues, su misión consistirá en proclamar la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas . . . De esta manera, con la ayuda del ministerio de ustedes, todos los hombres podrán llegar a conocer a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo, su enviado, y alcanzar así la vida eterna.²

El servicio del lector continúa la misión de predicar la Palabra por la proclamación de ella en la asamblea litúrgica. Los lectores cumplen esto “en el servicio de la fe.” Las palabras de San Pablo a los romanos sobre la importancia de predicar pueden referirse también a los lectores: “Pero, ¿cómo lo invocarán si no han creído en él? ¿Cómo creerán si no han oído hablar de él? ¿Como oirán si nadie les anuncia? . . . La fe nace de la predicación; y lo que se proclama es el mensaje de Cristo” (Rom 10:14, 17).

La tercera edición de la *Institución General del Misal Romano* da una idea general de las responsabilidades de este servicio:

Ritos iniciales

194. Cuando se dirigen al altar y no hay diácono, el lector puede llevar el Evangelionario: en esta ocasión camina delante del sacerdote; en los demás casos, va con los otros ministros.

195. Cuando llegan al altar, junto con los demás, hace una inclinación profunda. Si lleva el Evangelionario, se acerca al altar, y coloca encima de él el Evangelionario. Luego pasa a ocupar su sitio en el presbiterio con los demás ministros.

Liturgia de la Palabra

196. Proclama desde el ambón las lecturas que preceden al Evangelio. Cuando no hay cantor o salmista, puede decir el salmo responsorial que sigue a la primera lectura.

197. Después de que el sacerdote, si no hay diácono, ha hecho la invitación a orar, el lector puede enunciar desde el ambón las intenciones para la oración universal.

198. Cuando no hay canto de entrada o durante la comunión, y los fieles no recitan las antífonas indicadas en el misal, el lector pronuncia dichas antífonas a su debido tiempo.

3. *Una vocación*

La llamada universal a la santidad y a ser testigo de Cristo en el mundo se cumple de una manera distinta en cada uno de nosotros. Se puede encontrar una expresión de esta llamada universal en el servicio del lector. Aunque por el bautismo y la confirmación en el Espíritu Santo, todos nosotros estamos llamados a ser mensajeros de la Palabra de Dios y todos nosotros somos portadores de esa Palabra en la Iglesia igual que en el mundo, sin embargo, los lectores realizan esta tarea de una manera única debido a que entablan una relación íntima con los textos sagrados que son centrales al culto de la comunidad. Los lectores reciben el llamado para establecer una relación íntima con Dios específicamente por medio de las palabras de la Escritura, que es una herencia preciosa que ha sido preservada y transmitida de generación en generación. Acercarnos a nuestro Dios que nos habla por las Escrituras es una invitación que nos ofrece este papel como lector. Pongan atención una vez más al rito de la institución y a las palabras que lo concluyen:

Cuando proclamen la Palabra sean ustedes mismos dóciles oyentes de ella, conservándola en sus corazones y llevándola a la práctica guiados por el Espíritu Santo, acójnla en su corazón con sinceridad y medítenla con diligencia, para que de día en día vaya creciendo en ustedes un suave y vivo amor por ella. Así la vida de cada uno de ustedes será una manifestación clara de Jesucristo, nuestro Salvador (397, Bendicional).

Como Dios llamó a Moisés desde el arbusto encendido, así Dios los llama a Uds. desde las Sagradas Escrituras: “Vengan, acérquense más íntimamente. Encuéntrenme en mi palabra.” Como Dios había llamado a María para encarnar la divina Palabra, así Dios llama a cada lector para que permita, una vez

más, que la Palabra se encarne en su seno. Dios espera su respuesta: “Que se haga en mí lo que has dicho.”

RECUERDEN QUE

- Para ser un lector efectivo hay que prepararse por medio del estudio, la oración y la práctica.
- A menos que las lecturas sean bien hechas, la gente no va a escuchar la voz de Dios quien habla por estos textos ni se va a nutrir en la mesa de la Palabra.
- El papel del lector continúa la misión de predicar la Palabra por medio de la proclamación de ella dentro de la asamblea litúrgica.
- Los lectores están llamados a una relación íntima con Dios específicamente a través de las palabras de las Sagradas Escrituras; esta herencia atesorada ha sido preservada y transmitida de generación en generación por miles de años.